

RUINAS AL SOL

_FÉLIX TEIRA Escritor

_Fotografías ELOY ESTEBAN



Todos los cascos urbanos desventrados por la guerra se parecen. Las mejoras técnicas de la artillería y la aviación se han especializado en arruinar ciudades, la acción más corrosiva sobre la moral del enemigo, porque destruye la casa, el oratorio y la plaza, bases de la intimidad, la convivencia y la civilización. Me vienen a la memoria las imágenes de Dresde, tras el brutal bombardeo de febrero de 1945, parecidas a los esqueletos de las casas de Londres, Nüremberg o las fotografías de Capa del Berlín asolado. La cúpula de Gembaku, elevándose sobre los escombros de Hiroshima, será siempre símbolo de desolación. Más tarde serían portada efímera las ruinas de Grozni (léase en voz baja; Grozni no existe, incomoda bastante), Dubrovnik, Sarajevo, Bagdad...

Si en una luctuosa baraja de imágenes de destrucción, como la anterior, se intercalaran las imágenes del viejo Belchite acaso sólo desentonaría el color: ruinas de una ciudad de barro. Se verían iglesias con las cúpulas reventadas, torres mordidas por la metralla y las habitaciones mutiladas para su

función de cobijo que se repiten en las destrucciones. Les falta el techo o la ventana es un desgarró. En el viejo Belchite las casas exponen a la vista dos de los distintivos más íntimos: el hogar, ¿por qué no se acaban de caer las campanas de las chimeneas?, y las alacenas empotradas en cocinas, alcobas y huecos de escaleras.

Lo excepcional de Belchite es que las ruinas agonicen al sol. Cuando acaban los conflictos, los Estados se apresuran a levantar lo destruido. La barbarie es una locura transitoria y para cicatrizar heridas, impulsar la economía y olvidar la hiena que propició la guerra se reconstruye. Regiones Devastadas en España, el Plan Marshall en Europa, programas de vivienda alemanes y japoneses de 1945, reconstrucción de puentes en Mostar... Sin embargo Belchite, devastada la tercera parte de su casco urbano en las batallas de 1937 y 1938, y donde siguieron viviendo cerca de cuatro mil habitantes hasta 1954, se dejó como símbolo. La primera intención de Franco era edificar sobre las mismas ruinas. Quizá



por mala conciencia (estratégicamente dejó que sucumbiera “el peón” de Belchite para salvar “la reina” de Zaragoza) se personó en el lugar en marzo de 1938, al día siguiente de su reconquista, y desde un balcón de la casa de la viuda de Jaime, junto al general Yagüe, arengó a las tropas reunidas en la plaza: *Soldados españoles y marroquíes que lucháis por la causa de mi España: sois la flor de los ejércitos [...] Yo os saludo emocionado y orgulloso. Con vuestra sangre estáis forjando la España nueva cuyo porvenir os pertenece, y yo os juro que acabada la guerra, esa nueva España será digna de vosotros, que a estos campos sedientos llegará el agua que los fecunde para que no falte el pan en ningún hogar, y que sobre estas ruinas se edificará una ciudad amplia y hermosa como homenaje a su heroísmo sin par.*

El primer juramento fue en vano, se mantienen los campos sedientos. El segundo se modificó levemente. Se desconoce si la decisión de erigir un pueblo nuevo y dejar que el viejo fuera muriendo fue del propio Franco o del personal allegado. En la *Hoja del Lunes* del 18 de abril de 1938 un clé-

rigo afecto a los sublevados escribía: *Los españoles peregrinos habrán de venir al antiguo Belchite como los verdaderos patriotas van a visitar las ruinas de Numancia: con espíritu de mortificación y de penitencia, con deseos de aprender patriotismo, con ánimo de copiar en la gesta heroica las virtudes ciudadanas del honor, de la fe, de la obediencia, de la disciplina, del sacrificio, de la nobleza, de la lealtad y del heroísmo. Cuando la guerra acabe, se impondrá en las escuelas nacionales una obligada excursión de los niños mayorcitos a Belchite y una conferencia de sus maestros sobre el simbolismo de tan santas y preciosas ruinas. ¿Qué enseñanza mejor? [...] El pensamiento, pues, del Caudillo es levantar una amplia ciudad. Y no importa que no sea levantada sobre las ruinas, pues éstas, debidamente cerradas con un muro circundante, quedarían siempre para la posteridad, un monumento viviente de la raza.*

Poco después, en el primer número de la revista *Reconstrucción* (1940), las intenciones ejemplarizantes de los dos pueblos, nuevo y viejo, se plasman así: *Regiones Devastadas*



está ya a la tarea. Centenares de presos, que redimen sus pasadas culpas con el trabajo, la han dado comienzo. Y cuando, en fecha breve, Belchite vuelva a ser la ciudad mansa y firme, pacífica y cristiana, ofrecerá a las gentes el símbolo magnífico de sus dos ciudades, tan distintas y opuestas como los dos sistemas que encendieron la guerra en nuestra España: El Belchite que el marxismo arrasó y el que la España de Franco construye.

Para los chavales “el Belchite que el marxismo arrasó”, que permaneció habitado hasta mediados los sesenta, era un lugar mítico: cientos de casas cerradas por explorar, con viejos aperos y alacenas intactas, enormes iglesias vacías, torres con bombas incrustadas donde había que firmar para mostrar la valentía, rincones con vainas de balas... ¿Y la guerra? A veces los viejos hablaban de la batalla, pero la guerra era un tema prohibido que sólo se mencionaba en el corazón de las casas. Como los pocos pueblos que cambiaron de bando varias veces en la contienda, el horror no solo fue la batalla sino las represiones sucesivas. Y los fusila-

mientos, las delaciones y el miedo no se mencionan en público.

A veces veíamos a furtivos que arrancaban picaportes, rejas de las ventanas o los escudos que coronaban los portales. A principios de los setenta se empezaron a hundir algunas casas. En construcciones de adobe y tapial, cuando falla el tejado, la lluvia actúa de piqueta. El riquísimo legado mudéjar, con una variada tipología de aleros y ventanales, con un trazado urbano de raigambre árabe, paulatinamente se fue perdiendo. Ya se cayó el patio de la vieja posada en la calle Sagasta, y las casas de San Lorenzo, pronto se arruinará San Roque, ¿cuánto le queda al Arco de la Villa? Para los que nacieron allí, las campanas de los hogares que no acaban de desmoronarse o las alacenas que guardaron sus secretos siguen muriendo al sol, por eso cuando atraviesan el Pueblo Viejo caminan deprisa. Sus casas se tienen que caer poco a poco porque son símbolos. ¿Ahora de qué?

